



# OBRAS BREVES DE JACQUES MARITAIN



014-03

## SANTO TOMÁS, APÓSTOL DE LOS TIEMPOS MODERNOS

Jacques Maritain

Conferencia pronunciada en Aviñon en 1923 que, con algunas correcciones de forma, fue incorporada como capítulo III al libro 'El Doctor Angélico'.

A ejemplo de la Verdad primera, cuyos rayos nos tamiza, Santo Tomás de Aquino no hace acepción de personas; invita al festín de la sabiduría tanto a los discípulos como a los maestros, a los enseñados como a los enseñantes, a los activos como a los contemplativos, a los seculares como a los regulares, a los poetas, artistas, sabios, filósofos, ¡qué digo!, al hombre en camino, siempre que quiera prestar oído, así como a los sacerdotes y a los teólogos.

Y su doctrina aparece como la única poseedora de energías harto poderosas y suficientemente pura como para obrar con eficacia, no solamente sobre esa selección consagrada que se forma en los seminarios, la cual, desearíamos se percatase siempre de sus terribles responsabilidades intelectuales, sino también sobre el universo entero de la cultura, para restablecer en el orden a la inteligencia humana y, con la gracia de Dios, conducir así por los senderos de la verdad al mundo que agoniza por falta de conocer.

## I

1.- El mal que sufren los tiempos modernos es, ante todo, un mal de la inteligencia; comenzó por la inteligencia y ahora ha llegado hasta las más profundas raíces de la inteligencia. ¿Por qué admirarnos si el mundo aparece como envuelto por las tinieblas?

De la misma manera que en el primer instante del pecado se rompió toda la armonía del ser humano, por cuanto había sido violado el orden de la razón sometida a Dios, así también, en el comienzo de todos nuestros desórdenes, podemos apreciar, por de pronto y ante todo, una ruptura de las normas supremas de la inteligencia.

La responsabilidad de los filósofos es aquí inmensa.

En el siglo XVI, y sobre todo en tiempos de Descartes, mientras se destruyen las jerarquías interiores de los valores de la razón, al separarse la filosofía de la teología para reivindicarse el título de ciencia suprema y al sobreponerse, al mismo tiempo, la ciencia matemática del mundo sensible y de los fenómenos a la metafísica, la inteligencia humana comienza a hacer profesión de independencia tanto con relación a Dios como con relación al ser. Con relación a Dios, es decir, al objeto supremo de toda inteligencia, a quien no reconoce sino a su pesar, y cuyo conocimiento íntimo, procurado sobrenaturalmente por la gracia y la revelación, no aceptará; con relación al ser, es decir, con relación al objeto connatural de la inteligencia como tal, al que ya no se adecua humildemente y al que quiere ahora captar por medio de ideas de geométrica claridad que se imagina innatas en sí.

Según esta doctrina, el orden de la inteligencia a su objeto queda destruido. Pero nosotros somos tan materiales que apenas podemos comprender la significación terrible, bañada en sangre y en lágrimas, de estas palabras abstractas. Apenas podemos representarnos la inmensa subversión, la enorme catástrofe que esas palabras significan.

¡La inteligencia! Esa actividad divina, como decía Aristóteles, ese prodigio de luz y de vida, esa gloria y esa perfección suprema de la naturaleza creada, mediante la cual nos identificamos inmaterialmente con todas las cosas, mediante la cual poseeremos la beatitud sobrenatural, de la cual proceden, aquí en la tierra, todos nuestros actos en cuanto actos humanos y de la cual depende la rectitud de cuanto hacemos, ¿se podrá, pues, imaginar lo que ocasionaría al hombre la perturbación de esa vida, que es parte de la luz divina, que lleva consigo?

La revolución que comienza con Descartes y que continúa con los filósofos de los siglos XVIII y XIX, y que no ha hecho otra cosa que poner en libertad las fuerzas destructoras, siempre activas en la razón de los hijos de Adán, es un cataclismo histórico infinitamente mayor que los más temibles trastornos de la corteza terrestre o de la economía internacional.

Indócil al objeto, a Dios, al ser, la inteligencia se hace todavía, y por consecuencia, indócil al magisterio humano, rebelde a toda tradición y continuidad espiritual. Se repliega y se encierra en la incomunicabilidad del individuo.

Si se reflexiona que la *docibilitas*, facultad de aprender, es una propiedad esencial de la inteligencia creada, aun más, también ciertas facultades animales en cuanto imitan y se acercan a la inteligencia tanto que Aristóteles clasifica las bestias según este criterio, situando en último grado las que no admiten ningún aprendizaje, si se reflexiona además que esta *docibilitas* es en nosotros la verdadera raíz de la vida social, como quiera que el hombre es, ante todo, un animal político, pues necesita de otro para progresar en la obra de la razón especulativa y práctica, que es su obra específica, débese, por una parte, concluir que, perdiendo si docilidad a la enseñanza humana como su docilidad al objeto, la inteligencia ha marchado en los tiempos modernos hacia un endurecimiento verdaderamente brutal, y hacia un debilitamiento progresivo de la razón; y, por otra, que han debido, por un efecto inevitable, deshacerse poco a poco los lazos más profundos y a la vez más humanos de la vida social.

El grado de evolución a que ha llegado el pensamiento después de las grandes transformaciones iniciada con la reforma cartesiana, permite discernir tres síntomas principales del mal que afecta, hoy en día, las raíces mismas de la inteligencia.

La inteligencia cree afirmar su poder negando y rechazando, tras la teología, la metafísica como ciencia, renunciando a conocer la Causa primera y las realidades inmateriales y alimentando una duda, más o menos refinada, que hiere a la vez la percepción de los sentidos y los principios de la razón, es decir, aquello mismo de que depende nuestro conocimiento.

Este presuntuoso hundimiento del conocimiento humano se puede calificar con una sola palabra: **agnosticismo**.

Al mismo tiempo desprecia la inteligencia los derechos de la Verdad primera y rechaza el orden sobrenatural, que considera imposible, y esa negación se extiende a toda la vida de la gracia. Digámoslo con una sola palabra: **naturalismo**.

En fin, la inteligencia se deja seducir por el espejismo de una concepción mítica de la naturaleza humana que atribuye a esta naturaleza las condiciones propias del espíritu puro y que supone, en cada uno de nosotros, tan pura y tan íntegra como lo es en el ángel su propia naturaleza.

De ahí que nos reivindique, con el completo dominio sobre la naturaleza, esa autonomía superior, esa plenitud de propia suficiencia, propia de las formas puras, como si tales cosas se nos debieran por estricta justicia. Esto es lo que, dando a la palabra su pleno sentido metafísico, se puede llamar **individualismo**: y que fuera más exacto calificar de angelismo; término que halla su justificación en las consideraciones históricas y doctrinales, como quiera que la confusión cartesiana entre el alma humana y el puro espíritu, como la confusión leibniziana entre una sustancia cualquiera y la mónada angélica, han dado su origen ideal y su tipo metafísico al individualismo moderno.

Sostengo que estos tres grandes errores son los síntomas de un mal verdaderamente radical, toda vez que atacan la raíz misma, la triple raíz racional, religiosa y moral de nuestra vida.

Al comienzo se hallaban particularmente ocultos y disimulados, en estado de puras intenciones espirituales. Hoy están ahí, centelleantes, opresores, extendidos por doquier. Todos los ven y los sienten, puesto que sus agudos punzones han pasado de la inteligencia a la carne de la humanidad.

Subrayemos una vez más, la integridad de la razón natural, la sencillez del ojo de la inteligencia, para hablar como el Evangelio, la profunda rectitud del sentido común, son las que han sufrido las heridas motivadas por esos errores.

¡Extraña suerte la del racionalismo! Se ha intentado romper con todo registro, a fin de conquistar el universo y someterlo todo al nivel de la razón. Y he aquí que al final se viene a renunciar a lo real, no se osa emplear las ideas para adherirse al ser, se veda saber algo fuera del hecho sensible y del fenómeno de la conciencia, se disuelve el objeto del conocimiento en una especie de materia dinámica que se llama el Devenir o la Evolución, júzgase bárbaros si no se considera como candidez todo principio primero y toda demostración racional, reemplazándose el esfuerzo del pensamiento y del discernimiento lógico por una especie de juego refinado del instinto, de la imaginación, de la intuición, de las conmociones viscerales: ya no se atreve uno a juzgar.

2.- Ahora bien, es preciso comprender que nada inferior a la inteligencia puede remediar ese mal que la aqueja y que vino por ella; al contrario, la inteligencia misma es quien debe subsanarlos.

Si no se salva la inteligencia, no se salvará nada. Por más enferma que esté, siempre conserva en su interior una vitalidad esencial que nada puede destruir ni corromper, manteniéndose siempre, en el orden metafísico, como la facultad más noble del ser humano.

Debido a la indefectible energía de su naturaleza espiritual, el mal que la afecta, por más radical que sea, sigue siendo accidental, del orden del obrar, y nunca podrá atacar su constitución esencial. Precisamente cuando ese mal se manifiesta mejor es cuando hay más motivo para esperar la reacción saludable; basta con que se percate del mal y se volverá contra él.

Por lo demás, de nada vale el censurar cuando nos hallamos ante una necesidad inevitable. Los males que estamos sufriendo han penetrado de tal manera en la sustancia humana, han causado destrucciones tan generales, que todos los métodos defensivos, todos los apoyos extrínsecos, debidos, ante todo, a la estructura social, a las instituciones, al orden moral de la familia y de la ciudad – y de los que tanto la verdad como las más altas adquisiciones de la cultura tienen entre los hombres tan apremiante necesidad –, se encuentran si no destruidos, al menos gravemente quebrantados.

Todo cuanto era humanamente firme se halla comprometido, “las montañas se mueven y saltan”. El hombre está solo frente al océano del ser y de los trascendentales. Lo cual es, para la naturaleza humana, una situación anormal y tan peligrosa como posible.

Pero, en todo caso, es la mejor prueba de que, en adelante, todo depende de la restauración de la inteligencia. Estas verdades metafísicas, que Pascal hallaba muy extrañas al sentimiento común de los hombres, serán en lo sucesivo el único refugio y salvaguarda de la vida común y de los intereses más inmediatos de la humanidad. Ya no se trata de apostar, cara o cruz. Se trata de juzgar, bien o mal, y de afrontar las realidades eternas.

Las tentativas de enderezamiento político y social provocadas, en medio del desorden universal, por el instinto de conservación, no evitarán el retorno a un despotismo brutal y efímero ni llegarán a realizar algo estable mientras no sea restituida la inteligencia.

El movimiento de renovación religiosa que se perfila en el mundo no será durable ni verdaderamente eficaz, si primero no se restaura la inteligencia.

Ante todo la Verdad.

Desgraciados de nosotros si no llegamos a comprender que ahora, como en los días de la creación del mundo, el Verbo es el principio de las obras de Dios.

## II

3.- Y entre lo más sublime, divino y eficaz de la personalidad de Santo Tomás de Aquino, ¿cuál es el carácter que más nos sorprende, cuál es el rasgo distintivo de la misma santidad de Santo Tomás?

*“Lo que caracteriza su santidad es aquello que San Pablo llama sermo sapientiae, es decir, la unión de las dos sabidurías, la adquirida y la infusa...”* (SS Pío XI, Encíclica *Studiorum Ducem*). Decimos que la santidad de Santo Tomás es la santidad de la inteligencia, y quisiera yo hacer palpar toda la realidad de estas palabras.

No solamente la filosofía de Santo Tomás defiende mejor que ninguna otra los derechos y la nobleza de la inteligencia, afirma su primacía natural sobre la voluntad, reuniendo bajo su luz toda la diversidad jerárquica del ser, identificándola, en el estado de acto puro, con la naturaleza infinitamente santa del Dios vivo, recordándonos, en fin, en el orden práctico, que la vida del hombre y, ante todo, la vida cristiana “se rige a base de inteligencia”, sino también, y esto es de mayor peso, la santidad misma de Tomás de Aquino, su caridad, el holocausto de su honra, su consumación en Jesús, todo se realiza y brilla en la cima de su espíritu, en esa vida de la inteligencia que Aristóteles afirmaba superior a la vida humana, allí donde la operación del hombre confina con la operación de las formas puras; y de allí se desparrama en haces de luz hasta las más humildes potencias del ser creado.

En este sentido comprendemos el título de Doctor Angelicus otorgado hace ya mucho tiempo, y con toda justicia, a Tomás de Aquino. Santo Tomás es, en el sentido más elevado, el perfecto intelectual, porque la inteligencia misma es, por excelencia, su medio de servir y amar a Dios, toda vez que la inteligencia es una hostia de adoración.

Sábese ya que la principal obra de Santo Tomás ha sido, con la aprobación y el aliento, más aún, por instigación misma del papado, cristianizar a Aristóte-

les, incorporándolo a la inteligencia cristiana, completándolo, perfeccionándolo y purificándolo de toda escoria; y, juntamente con Aristóteles, toda la sabiduría natural de esos filósofos que Tertuliano llamaba “animales gloriosos”.

Tamaño tarea exigióle duros combates. Porque si entre Aristóteles y el Evangelio, entre la sabiduría humana nacida en el suelo de Grecia y la revelación descendida del cielo de Judea, existe en potencia un acuerdo que constituye en sí mismo una prueba apologética admirable, sin embargo, tal acuerdo, para hacerlo pasar al acto, triunfando de los obstáculos originados de las limitaciones del sujeto, no bastaba la madurez de la civilización del tiempo de San Luis; se necesitaba, además, toda la fuerza del gran buey mudo de Sicilia.

Muy bien lo ha visto Pascal cuando dijo que la causa de nuestra caída en el error es, ante todo, la mediocridad de nuestra envergadura intelectual, porque ignoramos el arte de hermanar verdades aparentemente opuestas, pero que, en realidad, se complementan.

“La exclusión” es a veces “la causa de la herejía” y siempre del error. Los pseudo agustinianos del siglo XIII, por ejemplo, materialmente esclavos de la letra de su maestro, al confundir los objetos formales de la fe y de la razón, de la sabiduría metafísica y de la sabiduría de los santos, en una palabra, inclinados a lo que llamaríamos hoy el anti-intelectualismo, no hacían en definitiva, más que que rehusar los derechos de la verdad de orden natural.

Se verá más tarde que semejante tendencia se encamina a la herejía formal con Lutero y su odio inhumano a la razón. Los averroístas, por el contrario, fanáticos partidarios de un Aristóteles desfigurado por los árabes, rechazaban los derechos de la verdad sobrenatural al despreciar la luz propia y la soberanía de la fe y de la teología, al inclinarse, en una palabra, hacia el racionalismo. Y sabemos muy bien adónde debía ir a desembocar esa tendencia. Unos y otros han sido derrotados por Santo Tomás y los derrotará mientras dure el combate. Y, al mismo tiempo, fundamentaba Santo Tomás con principios definitivos la teoría racional de tal distinción y acuerdo entre el orden natural y el orden sobrenatural, más caros a la fe católica que la niña de los ojos y más importantes para la vida del mundo que el ciclo de los astros y de las estaciones.



Pero este doble combate contra los averroístas y contra la antigua escolástica rezagada, esta monumental obra de la integración de Aristóteles en el pensamiento católico, no es más que la manifestación y el signo de una lucha invisible, todavía más grande y portentosa: la obra propia de Santo Tomás, la empresa que el Señor le encomendó, fue la de encaminar la inteligencia, la más soberbia y recia de las potencias - por lo mismo que la más espiritual -, con todo su aparato de riqueza y majestad, armada de todas sus energías especulativas, con toda su lógica, toda su ciencia, todo su arte, todo el armamento de sus recias virtudes radicadas en el mismo ser, encaminarla, digo, bajo la luz santa de Cristo, imponiéndole límites pero nunca abdicación, al servicio del Niño Dios que duerme entre el buey y el asno. En el transcurso de los siglos, vendrán los magos en su seguimiento.

Tales consideraciones, a mi modo de ver, nos permiten vislumbrar algo del misterio de la vocación de Santo Tomás. Vocación particularísima y admirable como se lo ha subrayado con frecuencia. Porque el lugar que debe abandonar Santo Tomás para responder al llamado de Dios, no es el siglo, sino el claustro, no el mundo, sino Monte Casino. No es lo que, en frase de la Iglesia, se llama la ignominia del hábito del siglo; deja el negro hábito benedictino para vestir la blancura de Santo Domingo. No abandona el peligro del mundo para abrazar el estado de perfección, sino que de un estado de perfección pasa a otro más difícil.

Le es preciso dejar la casa del bienaventurado Padre Benito, de quien, siendo pequeño oblato de hábito negro, había aprendido los doce grados de humildad, y a quien, habiendo consumado ya su obra de esclarecido Doctor, pedirá, al fin de su vida, una humilde hospitalidad para morir. Y conociendo ser tal la voluntad del Señor, se obstina en partir con la tenacidad propia de una voluntad indomable.

Hermanos, madre, prisión, astucias y violencias, nada pueden contra él. ¿Por qué semejante obstinación? Porque le era necesario estar en los negocios de su Padre. ¿Quién es Dios? Debía enseñarnos a deletrear las cosas divinas. Y he ahí lo que la condesa Teodora no llegaba a entender.

En el cielo Santo Domingo pedía a San Benito le cediera al pequeño Tomás, porque el Verbo de Dios se lo exigía a Santo Domingo, para encomendarle la misión de dirigir la inteligencia cristiana. El debe servir a la inteligencia, pero

como sirve el sacerdote a la criatura de Dios. Debe instruirla, bautizarla, alimentarla con el Cuerpo del Señor; debe celebrar las nupcias de la Inteligencia con el Cordero. Sobre el blanco guijarro que le dieron y que es al mismo tiempo la piedra ardiente que purifica sus labios, hállase escrito: verdad.

Santo Tomás es, ante todo y particularmente, el apóstol de la inteligencia: primera razón por la que debemos considerarle como el apóstol de los tiempos modernos.

4. La segunda razón la constituye lo que podríamos llamar el absolutismo de la verdad en su alma y en su obra; con esta triple consecuencia de una intachable pureza en la inteligencia, de un perfecto rigor lógico, acompañado de una armoniosa complejidad en la doctrina, y de una perfecta docilidad en la sumisión a lo real.

Todo filósofo y todo teólogo desean y anhelan, por cierto, la verdad, ¿Pero la desean de un modo tan vehemente como exclusivo? Dejando a un lado las preocupaciones particularistas y los vicios de todo género, amor propio, curiosidad, vanos deseos de lo original y de lo nuevo, buscados por sí mismos y que tan frecuentemente echan a perder la investigación, ¿no sucede a veces que al buscar un filósofo la verdad ordena también su búsqueda a una segunda intención? Es rarísimo, por cierto, que el Solo Verdadero atraiga todo hacia sí en el cielo de la inteligencia. Astros gigantes y trascendentales mezclan su atracción a la de Aquél, desviando así el pensamiento. Lo cual es un grave desorden, puesto que la ciencia como tal no puede regularse más que por lo verdadero.

En el fondo del platonismo en metafísica, del escotismo en teología, ¿no hay cómo una secreta colusión de lo Bello o del Bien con lo Verdadero, del Amor con el Conocimiento? En otros son influencias más terrenas las que entran en juego: la comodidad, la facilidad, la adaptación a la época o a las utilidades de la enseñanza, o más comúnmente, a la debilidad del espíritu humano y otras tantas por el estilo, como una inquietud mal regulada de consecuencias prácticas, hasta un empeño por equilibrar las opiniones opuestas que se toman por sabiduría y que consiste, en realidad, en buscar un *medium virtutis* entre el error y la verdad como entre dos vicios contrarios. Las verdades se van aminorando así por culpa de los hijos de los hombres.

Santo Tomás sabe conservar la verdad en su grandeza, que es la grandeza del Hijo de Dios. Filósofo y teólogo no sabe sino de la Verdad. Y ¿no es cierto, que en este sentido, filosofía y teología no han de saber otra cosa que a Jesús crucificado? Su norma es únicamente el ser, y perfecta su adecuación al objeto. Sus soluciones se determinan tan sólo por las necesidades inteligibles y las exigencias de los principios supremos, aunque algunas veces se hagan, por eso, más difíciles a los hombres. Si bien es cierto que en el orden analítico su doctrina se apoya, por entero, sobre la idea del ser, primer dato de la inteligencia, también es cierto que en el orden sintético depende, por entero, de la idea de Dios, de la Verdad primera, objeto supremo de todo espíritu.

Santo Tomás arrojó su red en el universo para arrastrar hacia la visión beatífica todas las cosas, hechas vida en la inteligencia. Esta teología de pacíficos constituye, bajo la luz de la fe, un inmenso movimiento del pensamiento entre dos intuiciones: la intuición del ser y de los primeros principios de la razón, de donde parte y que se le comunica aquí abajo, y la intuición de Dios claramente visto, hacia la cual se encamina y que se le dará más tarde.

Ordenando todo el raciocinio hacia un fin supremo inefable, continúa siendo siempre racional, enseñando, sin embargo, a la razón, a no buscar en sí su medida. Y lo mismo ante los misterios de aquí abajo - v. gr., la materia y la potencia - como ante los misterios de allá arriba - v. gr., el influjo de la premoción divina sobre la libertad creada -, ella nos exige que rindamos pleitesía a los derechos del ser sobre nuestro espíritu, como se le ha de rendir a la sublimidad divina. Razón por la cual es tan tranquila y universal, tan franca y tan libre, la más osadamente afirmativa y la más humildemente prudente, la más sistemática y la menos parcial, la más recia y la que mejor capta todos los matices de la realidad, la más rica en certezas, y la que mejor conserva en sus justos límites cuanto pertenece al dominio de lo probable y de la opinión, la más firme e intransigente y la más independiente del saber humano. ¡Tan trascendente es el objeto en que aspira a perderse!

Ahora bien, también en esto responde Santo Tomás de un modo particular a las necesidades de los tiempos presentes. Por tan agudos peligros atraviesa hoy

día el espíritu que no hay paliativo alguno suficiente. Ninguna eficacia tienen ahora sobre las inteligencias, hondamente socavadas por las controversias modernas, cuyo mal agravaron las exigencias críticas, todos aquellos acomodos de feliz resultado en otros tiempos.

Y colocándonos tan sólo en el terreno de la filosofía, aparece esto a las claras principalmente cuando se ventilan ciertas cuestiones fundamentales como la distinción entre la esencia y la existencia, la analogía del ser, la naturaleza de la intelección, el valor de la intuición de los sentidos externos y la relación de preeminencia entre la inteligencia y la voluntad.

El trabajo demoledor de las fuerzas negativas avanza hoy día en tal grado que, para triunfar de ellas, se requiere una doctrina implacablemente rigurosa y, al mismo tiempo, tan amplia que pueda encauzar todas las variedades en que, falto de luz orientadora, se consume el pensamiento contemporáneo. Se ve así que lo más adaptado a las necesidades presentes, es precisamente, el absolutismo de la verdad, que lo más oportuno y 'práctico' es el radicalismo doctrinal, pero un radicalismo limpio de toda estrechez y de toda brutalidad, de toda parcialidad, de todo fanatismo y que, para eso, está en completa dependencia del único Absoluto verdadero, de la trascendencia de la Verdad primera, de quien reciben su ser todas las cosas. Millares de doctrinas pueden agravar el estado de la inteligencia, pero sólo una puede subsanarla.

5. El tomismo - y es ésta la tercera razón por la que Santo Tomás debe ser llamado el Apóstol de los tiempos modernos - es el único que puede librar la inteligencia de los tres errores señalados al principio de este capítulo.

Analizando metafísicamente el conocimiento, cuya naturaleza original y misteriosa inmaterialidad respeta, poniendo nuestras ideas en contacto con las cosas por la intuición de los sentidos y resolviendo todo nuestro saber en la evidencia del ser y de los primeros principios, cuyo valor trascendental le permite subir hasta Dios, la doctrina de Santo Tomás es una sabiduría suficientemente capaz de preservar, la inteligencia de los falsos prestigios del agnosticismo y de oponer al demonio idealista (ya bastante envejecido) un realismo nada ingenuo, sino, por el contrario, sólidamente crítico.

Consciente de la elevación infinita e infinita libertad del Creador, como también del fondo radicalmente contingente del ser creado, asegurando, gracias a una sana noción de lo universal, el valor de la naturaleza y de sus leyes, y demostrando que esta naturaleza es, con respecto a Dios, sumamente dúctil e inmensamente perfectible y penetrable al influjo divino, reduce al absurdo el postulado naturalista y la hipocresía metafísica que, oculta tras las ciencias positivas, se esfuerza por conferir a la criatura la aseidad divina.

Comprendiendo todo lo que de grandeza y sujeción implica la noción misma de animal racional, situando a la inteligencia humana en el ínfimo grado de la escala de los espíritus, humillando rudamente sus pretensiones de convertirse en espíritu puro, poniendo de manifiesto por una parte la autonomía que nos corresponde como a espíritus y, por otra, la dependencia que nos afecta no sólo como a criaturas, sino además como a criaturas materiales y como a criaturas heridas, la doctrina tomista destruye por la raíz, por su raíz angelista, un individualismo que sacrifica, en realidad, la persona humana en una imagen ilusoria y devoradora del hombre.

Santo Tomás - y he aquí su más inmediato beneficio - lleva la inteligencia a su objeto, la orienta hacia su fin, la vuelve a su naturaleza. Dícele que ella está hecha para el ser. ¿Cómo no le ha de escuchar? Es como decirle al ojo que está hecho para ver y a las alas que están hechas para volar. La inteligencia se reencuentra a sí misma al reencontrar su objeto; se ordena por entero al ser; conforme a la profunda inclinación que sienten las cosas por su principio, la inteligencia tiende, por encima de todo hacia el Ser subsistente.

Al mismo tiempo se hace más simple su mirada; los obstáculos artificiales no llegan ya a producirle la duda ante la evidencia natural de los principios; ella restaura la continuidad de la filosofía y del sentido común.

Sometida al objeto, mas para llegar a su verdadera libertad - ya que en esta sumisión obra con la actividad más espontánea y más viva -, dócil a la enseñanza de los maestros, mas para intensificar y perfeccionar su propia captación del objeto - ya que el amor del ser es quien la impele a pedir al trabajo de los siglos su socorro y su fortaleza -, la inteligencia restablece dentro de sí misma sus jerarquías esenciales y el orden de sus virtudes.

Lo que constituye la nobleza de los filósofos, particularmente de los filósofos modernos, es que, a pesar de sus errores, aman la inteligencia, aun cuando la están, en realidad, destruyendo. Pero la mayoría la ama más que a Dios. Santo Tomás, por el contrario, ama a Dios más que a la inteligencia, pero al mismo tiempo su amor a la inteligencia supera al de todos los demás filósofos. Por eso puede restaurarla recordándole sus deberes. La saca de su indolencia y le confiere la intrepidez de afrontar las verdades supremas. Quítale su vanagloria y la obliga a adecuarse a las cosas y a escuchar la voz de toda una tradición. Vuélvele a enseñar a la vez las dos virtudes complementarias que la inteligencia había perdido conjuntamente, la magnanimidad y la humildad.

6. Apóstol de la inteligencia, doctor de la verdad, restaurador del orden intelectual, Santo Tomás no escribió para el siglo XIII, sino para nuestro tiempo. Su tiempo es el tiempo del espíritu que domina los siglos. Sostengo que es un autor contemporáneo, el más actual de todos los pensadores.

Tan exclusivamente se adhiere a la elevada luz de la sabiduría, que goza, con respecto a las ciencias inferiores y a sus tornadizas sombras, de una libertad desconocida para los filósofos: podrá sucumbir todo el revestimiento sensible tomado de la ciencia del siglo XIII; su doctrina filosófica y metafísica permanecerá, sin embargo, íntegra como el alma al separarse del cuerpo. Y era quizás necesario el despojamiento debido a las revoluciones operadas en la ciencia de los fenómenos desde Nicolás Oresme, Vinci y Galileo, para llevar al tomismo al estado de espiritualidad, por ende, de eficacia, que responde verdaderamente a la elevación espiritual del pensamiento mismo de Santo Tomás.

Está colocado en la encrucijada de nuestros caminos; tiene la clave de los problemas que oprimen nuestro corazón, nos enseña a triunfar a la vez del anti-intelectualismo y del racionalismo, del mal que deprime la razón por debajo de lo real, y del mal que la exalta por encima; nos confía el secreto del verdadero humanismo, del supremo desarrollo de la persona humana y de las virtudes intelectuales, pero todo ello en la santidad, no en la concupiscencia, por el espíritu y por la cruz, no por las exaltaciones de la carne.

En una época profundamente atormentada por el ansia, con frecuencia extraviada y distraída en las cosas de abajo, de un reino de corazón y de una vida

de amor, la doctrina de Santo Tomás es la única que sostiene el primado práctica absoluto de la caridad en nuestra vida y que nos invita al festín del amor más verdadero, es decir, de la caridad sobrenatural, sin negar por eso la inteligencia y su superioridad metafísica, ni adulterar la caridad misma contaminándola sea de formalismo social, sea de complacencia sensual. La caridad debe siempre brillar como virtud del primer precepto; por eso la perfección de la caridad cae bajo precepto, como el fin al que debe tender cada uno conforme a su condición. Tal es la ley de gravitación que el Doctor Angélico enseña al mundo tanto más atormentado por la idea del progreso, cuanto que generalmente ignora en qué consiste el progreso.

Ya Guillermo de Tocco no cesaba de insistir sobre la modernidad de Fray Tomás. A decir verdad, esta modernidad es la antípoda de la modernidad que se preconiza hoy día y en la que los hombres ponen sus complacencias. Porque Santo Tomás tiende a lo nuevo accidentalmente, no buscando sino lo verdadero, mientras hoy se busca lo nuevo como tal y lo verdadero se busca sólo accidentalmente.

Desde entonces se tiende mucho más a destruir lo antiguo que a mejorarlo, y a exaltar la originalidad de cada sujeto pensante más que a conformar el pensamiento al objeto. Es la completa inversión del orden: semejante método, esencialmente particularista y negativo, es, en realidad, esencialmente retrógrado. Todas las verdades adquiridas se han de ir así fatalmente destruyendo una tras otra.

El método de Santo Tomás, por el contrario, es esencialmente universalista y positivo. Tiende, en efecto, a conservar todo el bagaje de la adquisición humana para aumentarlo y perfeccionarlo, e implica la desaparición, cada vez más completa, de la personalidad del filósofo ante la verdad del objeto. Si adhiere a Aristóteles no es porque vea en él a un pensador de moda, recientemente importado por los árabes, sino porque ha reconocido en él al mejor intérprete de la razón natural, que estableció la filosofía sobre fundamentos conformes a su naturaleza. Y no lo sigue sino juzgándolo a cada paso, rectificándolo y purificándolo bajo una luz más elevada que no es la de Aristóteles sino la de la Sabiduría Encarnada.

Si combate a los discípulos, en extremo materiales, de San Agustín, no es para destruir al Maestro, sino para seguirle e interpretarle de una manera más viva y más profundamente fiel, en un perfectísimo intercambio de espíritu. Ningún



teólogo, además, ha tenido más intensa dilección por la común y secular sabiduría de que está divinamente revestida la Iglesia. He ahí por qué el Doctor Angélico es también el Doctor común de la Iglesia.

¡Doctor común! Título admirable que revela una grandeza, a decir verdad sobrehumana, que pone en su lugar todos nuestros tristes amores propios y responde a las más urgentes necesidades del momento. No hemos menester de un Doctor especial, ni de un Doctor particular, ni de un Doctor original, ni de un Doctor propio de nuestra persona o de nuestra familia, ni de un Doctor inspirado, o devoto, o sutil, o irrefragable, *facundus*, o *resolutissimus*, o *eximius*, o de un *venerabilis* inceptor. Necesitamos un Doctor común, el Doctor común de la Iglesia. Y ahí lo tenemos de pie, en el umbral de los tiempos modernos, tendiéndonos, en la canastilla engalanada con sus millares de argumentos, los frutos sagrados de la sabiduría.

Ahora bien, prodúcese en nuestros días un fenómeno extraordinario, superior en importancia a numerosos acontecimientos materiales de más fácil resonancia. A la voz de la Iglesia, la doctrina de Santo Tomás no ha sido solamente restaurada, o está en vías de serlo, en las escuelas católicas y en la educación de los clérigos, sino que, saliendo de los viejos folios donde se guardaba en reserva, sin estar envejecida en sí misma, sino joven con la eterna juventud de la verdad, se dirige al mundo entero, reivindica su puesto en la vida intelectual del siglo, da voces en las plazas públicas como está escrito de la sabiduría.

Después de la prolongada aberración idealista, debida a Descartes y a la gran herejía kantiana, asistimos hoy a una tentativa de reintegración de la filosofía del ser en la civilización occidental. Los amantes de paradojas y novedades deberían ser los primeros en regocijarse.

La obra es, en realidad, vastísima y llena de dificultades y peligros. Pero es éste un riesgo gravísimo; y, ¿no es preciso que imitemos a Santo Tomás aun en lo que ha poco llamé su modernidad, en su osadía en innovar, en su intrepidez intelectual en arriesgarse por lo nuevo? Porque es muy cierto, pero en un sentido más sutil que el de los evolucionistas, que la vida implica siempre sobre la tierra movimiento y renovación, y, por ende, riesgos que correr e incógnitas que afrontar. Pero los obstáculos aparecen más en la restauración del orden que en su desquiciamiento.



No es la destrucción sino la edificación la que exige fuerza. Santo Tomás de Aquino es el héroe del orden intelectual; la monumental empresa filosófica y teológica que asumió en su tiempo, para cuyo feliz éxito era indispensable no sólo su genio, sino toda la prudencia y la fuerza, todo el organismo perfecto de las virtudes y dones de su admirable santidad, es una aventura mucho más maravillosa que las más bellas aventuras de los hombres, una aventura angélica.

Decía a su compañero que él no sería nunca nada en la Orden ni en la Iglesia. Sobre sus espaldas pesaban todo el porvenir de la civilización cristiana y de la inteligencia, y la misión más grande que haya encomendado jamás la Iglesia a uno de sus hijos.

Pues bien, nosotros, por menudos que seamos ante tal gigante, debemos, sin embargo, participar en alguna medida de su espíritu, como quiera que somos sus discípulos. No somos ciertamente tan ingenuos como para pretender - accediendo a la invitación de algunos - hacer con los filósofos modernos, al tomarlos por maestros y al adoptar sus principios, con Descartes, por ejemplo, y hasta con Kant y Hegel, lo que Santo Tomás hizo con Aristóteles. ¡Como si pudiéramos hacer con el error lo mismo que con la verdad y como si para edificar una casa fuera menester cambiar continuamente su fundamento!

¡No! Lo que se nos exige es que, rechazando en absoluto los principios y el espíritu de la filosofía moderna - por cuanto quieren igualar la criatura con Dios, sujetándonos a los principios de Santo Tomás con una fidelidad que no será nunca extrema, sin admitir mengua ni mezcla alguna, ya que la asimilación es tan sólo posible en un organismo íntegro -, lo que se nos exige, digo, es hacer brillar la luz de Santo Tomás en la vida intelectual del siglo, pensar bajo esa misma luz a nuestro tiempo, poner todas nuestras fuerzas en informar, animar y ordenar por ella, todos los materiales palpitantes de vida y cargados, muchas veces, de una tal preciosa cualidad humana, que el mundo y su arte, su filosofía, su ciencia, su cultura levantaron primero, para destruirlos luego, desgraciadamente, en el intervalo de cuatro siglos.

Lo que se nos exige es esforzarnos por salvar todo cuanto queda todavía asimilable en el mundo moderno y retomar, para conducirlos al orden perfecto de la sabiduría, esas constelaciones en movimiento, esas vías lácteas espirituales que, por el peso del pecado,

tienden hacia la disolución y la muerte. Por cierto que no me hago ilusiones sobre el feliz éxito de semejante empresa. Una esperanza tal supondría ilusionarme grandemente sobre la naturaleza del hombre y el curso de su historia. Pero lo que se necesita y basta es que se ponga a salvo el depósito, y que quienes aman la verdad puedan fácilmente encontrarla.

7. Nada inferior a la inteligencia, decíamos más arriba, la puede subsanar. Debemos invocar también algo superior a la inteligencia, es decir, la caridad infusa. Porque si es verdad que el retorno al orden intelectual debe ser obra de la misma inteligencia, es también cierto que la inteligencia, en esta obra propia, necesita la ayuda de Aquel que es el principio de su luz y que no reina en las almas sino por la caridad; si bien la filosofía y la teología de Santo Tomás están exclusivamente fundamentadas y establecidas sobre las necesidades objetivas que se imponen, sea a la razón natural, sea a la razón iluminada por la fe, la inteligencia humana, sin embargo, es tan débil por naturaleza, y debilitada aún más por el primer pecado, y el pensamiento de Santo Tomás es de una intelectualidad tan elevada que, de hecho, del lado del sujeto, fueron menester, para que este pensamiento se nos comunicase, todas las gracias sobrenaturales cuyo socorro le aseguraban la eminente santidad y la singular misión del Doctor Angélico; y es necesaria, y lo será siempre, para que viva sin alteración entre los hombres, la confortación superior de esos dones del Espíritu Santo que están presentes en todo cristiano y que aumentan en nosotros por medio de la gracia santificante y de la caridad.

Gravísimo engaño sería el desprecio de estas verdades. La misma difusión del tomismo las ha vuelto particularmente urgentes. Cuando una doctrina de sabiduría se propaga entre los hombres, más que los sofismas de sus adversarios debe temer el peligro de la moda. Dejando a un lado las famosas tinieblas de la edad media, ¿no es cierto que la misma enseñanza oficial comienza a interesarse seriamente por Santo Tomás? Paréceme escuchar la voz de los que dicen que un considerable número de las tesis doctorales presentadas en la Sorbona eligen como tema la filosofía tomista.

Nos felicitamos, por cierto. Pero no disimulamos tampoco que, en la medida en que sea examinada por espíritus insuficientemente preparados y formados y más o menos influidos por los prejuicios modernos, la filosofía tomista correrá el riesgo de ser estudiada sin la luz conveniente y de sufrir, por ende, interpretaciones menguadas, llenas de partidismos y tergiversaciones. Es lo que hemos observado ya, y no sólo en los trabajos de historiadores universitarios.

¿Cómo hacer frente a semejante peligro? Santo Tomás mismo nos lo enseña con su doctrina y, más eficazmente aún, con su ejemplo. ¿No confesó acaso a su compañero Reginaldo que la oración había sido la principal fuente donde bebiera su ciencia? ¿No sucedía, por ventura, que cuantas veces quería estudiar, discutir, escribir o dictar, recurría primero al secreto de la oración, gimiendo ante Dios para que le llenase de la verdad? ¿No eran acaso en él la sabiduría metafísica y la sabiduría teológica la peana y el trono de la sabiduría del Espíritu Santo? ¿No fue elevado, por ventura, este Doctor, el más grande entre todos los doctores, a una vida mística tan grande que, aquello mismo que de Dios había saboreado en el éxtasis, terminó por tornársele insípido el saber humano? Por haber entrevisto muy bien la luz eterna murió antes de haber concluido su trabajo.

Recientes estudios han descrito de una manera excelente aquella unión en Santo Tomás de la vida de estudio y de la vida de oración, tan admirablemente subrayada por la encíclica *Studiorum Ducem*. He aquí el secreto de su santidad al par que de su sabiduría.

He aquí el secreto del singular esplendor de su magisterio. El magisterio - nos enseña él mismo - es una obra de la vida activa y es preciso confesar bien alto que a veces no se encuentran en él más que las cargas y estorbos propios de la acción; ocúltase también allí un peligro para la vida del espíritu, en la pesada revuelta de conceptos que constituye la labor pedagógica y que está siempre expuesta, si no se la vigila constantemente, a hacerse material y mecánica.

Santo Tomás ha sido un profesor completo, porque fue más que un simple profesor, ya que en él el discurso pedagógico descendía por entero de las simplicísimas cumbres de la contemplación.

Vedle en esa gran disputa que sostiene victoriosamente en París, hacia la Pascua de 1270, con Juan Peckham, regente de los Frailes Menores y Arzobispo más tarde de Cantórbury, sobre el punto más controvertido de su doctrina, la tesis de la unicidad de la forma substancial. El Obispo de París, los maestros en teología, todos los doctores, se empeñan en perderlo. Inflamados de envidia, u ofuscados por el apacible modo con que Santo Tomás rompe con las santas rutinas, arrojan sobre él la amenaza con su mirada y con su palabra.

Y en realidad, tienen de qué desconcertarse, porque Santo Tomás no es uno de entre ellos; el origen de su sabiduría está más alto que ellos, toda vez que emanó del purísimo silencio que es el padre de la predicación. Con toda su ciencia, este gran teólogo cuya confesión asemejaba, según el testimonio de Fray Reginaldo, la de un niño de cinco años, está en medio de sus adversarios con su sencillez no desarmada ciertamente sino cándida, natural, y no aprendida, humilde y severa como la inocencia, a imagen y configuración de Jesús Niño entre los Doctores.

De este modo se realiza en él la palabra santa que debe verificarse, de una manera o de otra, en todos los cristianos y que desea que la sabiduría se comunique a los niños - a aquellos que son "pequeñuelos a sus propios ojos", como dice el libro de los Reyes; Dios elige "lo que no es" para confundir a "lo que es". Porque el saber, como el arte y toda plenitud superior de humanidad, no impiden al alma santa - como lo hiciera creer cierta vez un falso espíritu de pobreza interior - el considerarse interiormente como verdadera nada, sin ninguna confianza en sí misma, porque siendo todo eso nada más que un medio para el impulso de su aspiración, absolutamente nada de todo eso es el punto de apoyo de su esperanza que traspasa lo creado para fundarse únicamente en Dios; absolutamente nada de todo eso es para ella posesión personal como quiera que la mantiene ligada a su verdadero bien.

Por tener toda su alma unida únicamente a la llaga de la humanidad de Cristo, puerta de los misterios de la deidad, Tomás de Aquino fue perfectamente pobre de espíritu en el seno mismo de las riquezas de la inteligencia; por conocer bien los derechos, todos los derechos de la Verdad primera, no penetró en la ciencia sino con el fin de alcanzar la sabiduría, entregándose sin reserva al Espíritu de Verdad. Con su ejemplo y su doctrina demostró que la vida contemplativa es superior a la activa y que constituye, cuando desborda en apostolado, el estado de vida pura y simplemente más perfecto; que la contemplación de los santos es superior a la especulación de los filósofos, que la intelectualidad más alta no mengua, sino por el contrario se fortifica y se eleva a la cima del espíritu por la humildad de la ciencia de la Cruz. Por eso Santo Tomás enseña a la inteligencia la condición primera de su salvación; y aun por eso merece ser llamado el apóstol de los tiempos modernos que creyeron dar tanto a la intelectualidad y que, en realidad, despreciaron tan cruelmente sus condiciones; esos tiempos modernos cuya gran miseria consiste en el olvido de la unión de la vida intelectual con la espiritual y cuyo reencuentro constituye la más profunda necesidad, más o menos obscuramente experimentada.

### III

8. Existe todavía una última razón por la que conviene dar a Santo Tomás el apelativo de apóstol de los tiempos modernos. Apóstol no es solamente aquel que es enviado al mundo para predicar la palabra de Dios a los ignorantes y a los infieles, para convertir las almas a la verdad y ensanchar así el cuerpo místico del Salvador. Apóstol es también aquel que conserva y aumenta la fe en las almas, aquel que se da a la Iglesia para ser en ella columna, baluarte y luz, y para servir, a título de doctor de la verdad, al acrecentamiento de su misteriosa vida de gracia y de santidad. Conócese ya el singular papel desempeñado a este respecto, en los tiempos modernos, por aquel que, según proclama la Iglesia en la oración de su fiesta, la esclareció con su admirable ciencia, la fecundó con su santa operación y cuya doctrina ruega a Dios nos haga penetrar.

Pero hay todavía un rasgo que aparece como supremo retoque del arte divino, atento a delinear de una manera perfecta la figura de sus santos: el príncipe de la metafísica y de la ciencia sagrada es también el Doctor del Santísimo Sacramento; complementa así y consume su oficio de servidor del Verbo eterno, Verbo iluminador de las inteligencias, Verbo arquetipo de todo esplendor, Verbo descendido a la carne y oculto entre nosotros bajo la blancura del pan.

He allí la inmensidad divina, he allí la benignidad y la humanidad de la Verdad a quien Santo Tomás sirve y a quien nosotros también servimos y que desea seamos llamados, no sus servidores, sino sus amigos. La misma Verdad es la que quiere comunicárenos a todos en luz y substancia por la visión y que entretanto se nos comunica, en luz por la doctrina y por la contemplación y, en substancia por la Eucaristía.

Distribuida, repartida entre todos por la enseñanza o por el sacramento, permanece, sin embargo, entera y sin fractura. Aquí reúne los espíritus en la claridad que desciende del Verbo increado, allá une el cuerpo místico de Cristo en la comunión del Cuerpo y de la Sangre del Verbo encarnado. ¿Y no es acaso el mismo, el amor con que vela Santo Tomás por su integridad

en la doctrina, participación creada de la Verdad primera y con el que adora su presencia en el Santísimo Sacramento donde la Verdad primera se oculta personalmente?

Esta Verdad que Santo Tomás ama, la tiene en sus manos y, al contemplarla desfallece su corazón. Y he aquí que el Papa le pide que cante para la Iglesia entera este gran misterio de la fe; seis siglos y medio más tarde otro Papa le conferirá el título de Doctor eucarístico.

Ahora bien, ¿no es acaso el principal carácter de la piedad católica de los tiempos modernos ese inmenso desarrollo de la devoción al Santísimo Sacramento que precede y acompaña la devoción al Sagrado Corazón? La fiesta de Corpus Domini, ¿no es la gran fiesta moderna de la Iglesia? Mientras el mundo desciende, la Iglesia, que dispone de ascensiones en su corazón, ¿no reúne, con solicitud materna cada vez más apremiante, a las almas en torno al Cuerpo del Señor?

Doctor eucarístico, Santo Tomás es, por un título elevadísimo, el apóstol e instructor de los tiempos modernos. Oímos que de la muchedumbre cristiana suben esos cánticos divinos salidos del alma y de los labios del Teólogo. Decía, poco ha, que detrás de Santo Tomás vienen los magos en su seguimiento. Síguele todo el pueblo fiel. Santo Tomás camina ante todas las edades, conduciendo la custodia.

9. Si Santo Tomás de Aquino es para nosotros cuanto acabo de decir, ¿con qué confianza no debemos pedirle el secreto de la sabiduría y de la conquista apostólica del mundo moderno? Nos asiremos de su manto y no le soltaremos hasta tanto no nos entregue este secreto. La Iglesia, por la voz de Pedro, nos impele a ello con extraordinaria insistencia. ¿Dejaremos de escuchar sus exhortaciones?

Si buscáis la verdad, proclama bien alto la Iglesia, acudid a esta doctrina. Yo os indico el camino, id vosotros, abrid los ojos y ved.

Sentimos en el alma la aberración de aquellos que, no sabiendo ver o teniendo llenos de prejuicios sus ojos, no quieren siquiera suponer que su propia vida necesite quizás el apoyo del estudio y la oración y prefieren pensar que es la Iglesia de Dios la que tiene pajas en el ojo.

Pero a cuantos deseen alistarse, según la voluntad de la Iglesia, en la escuela de Santo Tomás, les hacemos notar que hay dos maneras de estudiar al Doctor Angélico y si es verdad que el hombre no llega a la ciencia si no es conducido a ella por la enseñanza; si es verdad que Tomás de Aquino, Doctor común de la Iglesia, es, por lo menos en el orden humano, el Maestro por excelencia, el Maestro siempre viviente que desde el seno de la visión beatífica vela sobre su doctrina y fecundiza con ella las almas, entonces es preciso decir que: de estas dos maneras de estudiar a Santo Tomás, la una es sana y la otra viciada desde su comienzo.

Tan vivamente siento yo esto que quisiera, a toda costa, poder persuadir de ello a la juventud estudiantil. Hay una manera de estudiar a Santo Tomás que consiste en leer primero a Kant, Bergson y Blondel, luego a los Padres, luego a Avicena y Averroes, después, en caso de necesidad, a Pedro Lombarda o Alejandro de Hales y, por último, los escritos de Santo Tomás por orden cronológico (y de cada uno, fragmentos, es claro, porque la vida es corta), a fin de esclarecer a Santo Tomás a la luz de la filosofía moderna y discernir todo cuanto recibió de sus predecesores, todo cuanto les añadió, todo cuanto recibió de sí mismo y añadió a sí mismo en el transcurso de su proceso evolutivo individual.

Este método, tomado como regla de disciplina intelectual, es vano y estéril. Porque a fin de cuentas se reduce a considerar a Santo Tomás como un objeto que se juzga y a obrar como si se poseyese ya la ciencia, cuando, en realidad, se trata de adquirida.

Semejantes exámenes y comparaciones - particularmente el estudio profundo de los filósofos modernos - serán buenos y necesarios con la sola condición de que se hagan con la luz conveniente y no se confíe demasiado en ellos y los haga además quien haya llegado ya a la edad adulta del saber. Para los incipientes sería más bien causa de presunción que de ciencia.

El segundo método consiste en colocarse, con respecto a Santo Tomás, en la misma situación del viviente que recibe frente al viviente que da, de aquel que es formado e iluminado frente a aquel que forma e ilumina: con el fin de que Santo Tomás nos enseñe a pensar y a ver, a progresar bajo su guía en la conquista del ser inteligible. Método bueno y fecundo porque coloca al alma en la verdad de su estado, para conducida a la verdad de las cosas.



Si somos fieles en seguirle, este método desarrollará en nosotros un amor profundo al pensamiento vivificador de Santo Tomás y al texto mismo, superior a todo comentario, que nos entrega este pensamiento con una nitidez maravillosa y como una gracia especial de luz y de simplicidad. Semejante método nos enseña a estudiar este texto integralmente y según el orden de los artículos. Nos enseñará también, por el mismo desarrollo progresivo del habitus tomista, a echar mano, como conviene, de los grandes comentadores y a discernir en su línea formal la tradición auténtica indispensable para llegar a la perfecta inteligencia de tan elevada doctrina.

El pensamiento de Santo Tomás es singularmente vasto y profundo: tanto para penetrarlo en su vitalidad esencial, como para responder a las dificultades nuevas nacidas en el transcurso de los tiempos, ¿bastaría la letra, por más preciosa y esclarecedora que fuese, para instruirnos? ¿No necesitamos que se nos explique mejor, por el movimiento y el progreso propio de todo organismo animado, las secretas articulaciones y la inflexible jerarquía de tesis que regulan este mismo universo espiritual? Y si es verdad, como dice Platón, que un escrito no puede defenderse y explicarse solo, sino que necesita siempre el socorro de su padre, ¿no hemos de creer que al suscitar Dios a Santo Tomás le proporcionó, en una tradición viviente, el medio de venir en socorro de su doctrina y de comunicarnos su espíritu?

En este sentido, al encargarnos León XIII en la encíclica *Aeterni Patris* el estudio de la doctrina de Santo Tomás en sus mismas fuentes, nos aconsejaba también beber en los ríos puros y limpios nacidos de esta fuente, en oposición a aquellos otros que crecieron con aguas extrañas y nocivas.

Pero nada habremos ganado todavía con todos los dones personales y todos los socorros humanos de la tradición, con todos los comentadores y glosadores, si aquello que es el objeto y el fin de la inteligencia, el término de su inclinación natural no constituye también el objeto y el término de nuestra inclinación voluntaria, del deseo que nos impele por entero a nuestro bien, nada habremos ganado si no amamos la verdad con todo nuestro corazón, si no nos esforzamos en amarla como la amó este gran Doctor cuyos tranquilos ojos derramaban lágrimas porque su corazón se hallaba triste en espera de la visión.



Si amamos la verdad en las almas, si comprendemos bien de qué sed agoniza el mundo, si estamos prontos a entregarnos por entero a fin de que esa sed se alivie, si amamos la verdad en la Iglesia, si comprendemos bien la importancia de la frase de Benedicto XV, retomada por S. S. Pío XI: “La Iglesia ha declarado que la doctrina de Santo Tomás es su propia doctrina”, entonces no nos empecerán demasiado las dificultades de escuela; podremos esperar tener parte en la luz de Santo Tomás, de entender verdaderamente las cosas que él enseñó y de emplearnos en la medida de nuestras fuerzas, por miserables que seamos, en este trabajo universal de encauzamiento en la verdad que encomendó a Santo Tomás el Maestro de la historia.

